

paulatinamente (en seis etapas sucesivas que esboza el profesor Maravall) hacia una concepción dinámica de la historia y de la civilización, para constituirse así en uno de los primeros eslabones de la cadena que conduce a las grandes síntesis progresistas del Siglo de las Luces.

23. ROBERT RICARD: «DE LA CRITICA HUMANISTA A LA CRITICA DE LAS "LUCES". ESBOZO DE UNA EVOLUCION»

La doble constatación a que llega el profesor Ricard en su ponencia (tras la confrontación de muy diversos testimonios textuales) podría resumirse en los siguientes términos: el espíritu crítico y racionalista del siglo XVI sufre un retroceso durante el siglo XVII. El gusto por lo maravilloso e irracional es propio del período barroco, cuyo arte se complace en lo recargado y ampuloso. En esta misma tendencia, la literatura religiosa, tan austera y sobria durante el Renacimiento, se despeña en el siglo XVII por un torrente de milagros y hechos prodigiosos que, en ciertos casos, caen en la superchería y en el ridículo. El siglo XVIII barrerá todo esto (Feijoo, constante luchador contra el oscurantismo y las falsas creencias, es el representante más genuino de esta corriente en España). Puede decirse, pues, que el racionalismo del Siglo de las Luces debe no poco en su génesis y fundamentos al espíritu crítico de los humanistas del siglo XVI.—  
ANTONIO CASTRO DIAZ (*Miguel del Cid*, 24. SEVILLA-2).

## UN EXHAUSTIVO PANORAMA DE LA LITERATURA EN BOLIVIA

Edgar Avila Echazú, nacido en Tarija (Bolivia) en 1930, ha cultivado la crítica literaria, el ensayo sociológico y la poesía. Su producción poética (1) acusa el dolor de una patria trágicamente amada, enaltecida en el minero o en el guerrillero y envilecida bajo el deshumanizante influjo del imperialismo de turno. Dentro del ensayo cultural hay que destacar en la obra de este escritor boliviano *Revolución y cultura en Bolivia* (Tarija, 1963), penetrante examen de la producción

---

(1) *Habitante fugitivo* (Tarija, Editorial Universtaria, 1965); *Memoria de la tierra* (La Paz, Editorial Buriño, 1967); *En cautivos sueños encarcelada* (Tarija, Editorial Universitaria, 1968); *Primer crónica* (Tarija, 1969-1970); *Elegía* (Tarija, Universidad Autónoma «Juan Misael Saracho», 1970).

cultural nacionalista desde la Guerra del Chaco (1932-1935) hasta la década de los sesenta. La búsqueda de una expresión cultural boliviana, según la tesis de Avila Echazú, ha tropezado con la servidumbre de una burguesía más interesada en las ideas que en el enfrentamiento con la realidad material. Los partidos nacionalistas surgidos a consecuencia de esta guerra, especialmente el MNR, por sus vergonzosas alianzas con los Estados Unidos y por perseguir sólo la defensa de sus privilegios como clase gobernante, falsearon sus propósitos nacionalistas. Entre los ensayos sociopolíticos hay que destacar *La silla de oro* (ensayo sobre la alienación en el proceso histórico boliviano), 1973; *Vida y agonía del minero boliviano* (1970), e *Izquierdismo, nacionalismo de izquierda y contrarrevolución* (1973). En este ensayo se examina el «nacionalismo izquierdista» de Ovando, que su sucesor Torres trata inútilmente de profundizar. La dictadura de Bánzer pone fin a este experimento nacionalista con el retorno a la dependencia de Washington y a la más feroz represión, especialmente contra los intelectuales.

El trabajo que aquí nos ocupa, *Historia y antología de la literatura boliviana* (2), integra y amplía los siguientes ensayos previamente publicados por Avila Echazú: *Resumen de la literatura boliviana* (La Paz, Editorial Gisbert, 1964), *Resumen y antología de la literatura boliviana* (La Paz, Editorial Gisbert, 1973) y *Literatura prehispánica y colonial de Bolivia* (La Paz, Editorial Gisbert, 1974).

La creación literaria es considerada por Avila Echazú como una toma de conciencia de la realidad y no como un simple reflejo de ésta. De aquí la importancia otorgada al fenómeno sociohistórico dentro del que se integra la literatura, según nos confiesa el autor de *Historia y antología de la literatura boliviana* en el prefacio: «Esta 'Historia', como tal pretende un objetivo central: presentar la creación literaria como parte de un proceso en el cual las diferentes obras responden, en primera instancia, a una determinada génesis —la primaria expresión social-estética o el diálogo que se lleva a cabo mediante las particularidades del lenguaje artístico—, y luego a una evolución —mediante el desarrollo de la singularidad expresiva de cada género artístico—, y finalmente a una transformación: la obra literaria como una realidad concreta independiente de la realidad que la viera nacer, por lo menos con objetivos diferentes, pero —sin embargo— jamás desgajada de la realidad histórica, porque los valores que proclama la literatura también son los valores que conformaron la superestructura de la época y la sociedad en donde nació.»

---

(2) Las citas con números en paréntesis corresponden a *Historia y antología de la literatura boliviana*, La Paz, Universidad Boliviana, 1978, 722 pp.

La parte histórica se compone de diez capítulos. En el primero se estudian los antecedentes de la cultura aymara, y entre los principales componentes de esta cultura se presta especial atención al ayllu, la organización consanguínea que reglamentaba el usufructo de la tierra cohesionando la distribución de los bienes materiales, la religión y la lengua. La poesía lírica quechua alcanza un gran apogeo por la musicalidad y plasticidad de la lengua. Desgraciadamente los testimonios conservados de esta lírica son mínimos por la «política de la anticultura llevada a cabo por los ignorantes conquistadores, incapaces de valorar esos testimonios, pese al celo recopilador y al afán documentario de los sacerdotes que pudieron rescatar lo poco de la lírica y la literatura en general de los quechuas conocida hasta hoy» [35]. Para la producción literaria quechua el autor nos remite al ya clásico estudio que sobre este tema hiciera Jesús Lara, autor que reivindica la importancia de los quipus como medio de escritura, así como el sistema pictográfico de este pueblo andino.

En el capítulo III («La cultura colonial, I») se afirma que la conquista hecha por un «puñado de audaces, ambiciosos, ignorantes y atemorizados soldados» [48] fue favorecida por la falta de iniciativa de la organización del inca, pueblo fatalista que regulaba su vida por estrictas normas mítico-religiosas. El testimonio de las maravillas descubiertas en forma de fantásticas descripciones se ajustaba a un ideal de belleza natural conformado por las lecturas y tradiciones medievales que caracterizaban la formación intelectual del cronista. El ensayista considera la cristianización del imperio incaico como una fase del proceso de colonización que trató de extirpar la raíz cultural del pueblo: «Si los sacerdotes demostraron tanta saña en destruir los vestigios artísticos y religiosos de los indios, lo hacían más por temor a las concomitancias de esas creaciones con un mundo odiado de antemano como encarnación del paganismo más repulsivo» [52]. En el capítulo IV se analiza la importancia que adquiere el castellano como elemento de colonización, a pesar de que las lenguas autóctonas —quechua y aymara— son respetadas en tanto en cuanto representan un valioso instrumento de penetración y colonización. Desde el punto de vista literario la supremacía del castellano es evidente, ya que «existía una sola clase productora y consumidora del arte en general y de la literatura en particular; particularidad esta que debe tenerse muy en cuenta para juzgar la literatura colonial» [69]. Avila Echazú estudia igualmente tres notas que caracterizan la producción literaria e historiográfica del período colonial: feudalismo conceptual, humanismo renacentista y culteranismo literario. En la labor pedagógica se destaca a los jesuitas, quienes, aunque servían al sistema social

del que dependían, dieron con la enseñanza del español: «el primer paso hacia la asimilación democrática a través de la Instrucción impartida en sus colegios y conventos» [74].

La cultura colonial en el siglo XVIII (cap. V) es estudiada en relación con el ascenso económico-cultural de los criollos, ascenso al que contribuyeron los jesuitas. Estos con el establecimiento de las «misiones» iniciaron los brotes del nacionalismo boliviano. La hegemonía criollo-mestiza surgida en el XVII con el apogeo económico de Potosí se continúa en el XVIII y se refleja en la originalidad de las manifestaciones artísticas, así como en el auge de la actividad científica. Avila Echazú destaca la importancia de la Universidad San Francisco Xavier, especialmente por la defensa hecha en este centro de la supremacía de las leyes del pueblo sobre el rey. A esta revolucionaria doctrina se unieron las ideas reformistas de autores franceses e ingleses. La última parte de este capítulo se dedica a los cronistas e historiadores del siglo XVIII.

Bajo la República (cap. VI) se estudia el Romanticismo y el Posromanticismo. El ascenso al poder de la burguesía criolla, convertida en oligarquía conservadora aliada a España, supone culturalmente la primacía del pensamiento antinacional. La producción cultural durante el periodo de emancipación es la poesía quechua escrita por autores anónimos o figuras como el indio Juan Wallparrimachi. La mentalidad criollo-burguesa, heredera del espíritu verbalista que dominaba la enseñanza en la Universidad de Charcas, junto al individualismo romántico y la abstracción especulativa de la realidad, conforman la mentalidad elitista de la clase rectora y su divorcio total de los problemas del pueblo. En este capítulo se analiza la historia, el ensayo y la novela, género en el que sobresale *Juan de la Rosa* (1909), de Nataliel Aguirre.

El capítulo VII, «El realismo y el modernismo», se inicia con la discusión del pensamiento rector del liberalismo, y en especial con la influencia ejercida por la prensa liberal, la cual colaboró a los intereses del superestado minero manteniendo a las masas en la más completa ignorancia. El control de los «barones del estaño» —Patiño, Hochschild y Aramayo: «llegó incluso hasta las mismas labores culturales, ya que periodistas, catedráticos, profesores y hombres de letras estaban a su servicio» [135]—. Dentro de la producción sociológica se analiza *El ayllu*, de Bautista Saavedra (1869-1939), y *Pueblo enfermo* (1909), de Alcides Arguedas, autores que justa o erróneamente contribuyen a despertar cierta preocupación por la búsqueda de lo nacional. En novela y poesía se alcanza un esplendor inusitado durante el liberalismo (1898-1920). *Raza de bronce* (1919), de A. Ar-

guedas, es una de las mejores muestras de la corriente indigenista, y en la obra de Jaime Mendoza existe igualmente un verdadero interés por formar una conciencia nacional. En cuanto a poesía, el modernismo boliviano —Jaimes Freyre, Gregorio Reynolds, etc.— representa el primer intento unificado por encontrar una solución a la falta de conciencia nacional mediante la valoración de las energías espirituales del país.

En el capítulo VIII, «La producción literaria contemporánea», se estudia la importancia de la «mística de la tierra», movimiento de la preguerra del Chaco que defiende la tesis de la importancia del factor telúrico en la formación de la nacionalidad. El confusionismo ideológico, un nacionalismo conservador y las creencias idealistas que suponen un rechazo del materialismo dialéctico son algunos de los rasgos que caracterizan el período que precede al conflicto chaqueño. Dentro de este nacionalismo idealista, no exento de cierta preocupación por el factor socioeconómico del indio, se sitúa la producción de Jaime Menoza (1874-1939) y Gustavo Alfonso Otero (1896-1958). El ensayo literario e histórico de la posguerra chaqueña cuenta con eminentes ensayistas, como Carlos Medinaceli, Carlos Montenegro y Jesús Lara, autor de uno de los mejores estudios sobre la literatura precolombina.

El capítulo IX, «La producción literaria contemporánea: la novela, la biografía y el cuento», se inicia con unas consideraciones sobre la influencia del naturalismo europeo sobre la novela indigenista después de la Guerra del Chaco. Este conflicto produce una gran cantidad de relatos generalmente de poca calidad, si exceptuamos *Sangre de mestizos* (1936), de Augusto Céspedes. Después de esta guerra existe una mayor preocupación por el aspecto formal, pero son escasas las novelas que consiguen superar el folklorismo y el aspecto puramente documental. La necesidad de la denuncia social, la falsa asimilación de las técnicas europeas y la precaria situación del escritor en Bolivia explican la crisis de este género. Avila Echazú destaca la producción de Adolfo Costa du Reis, Raúl Botelho Gosálvez y Fernando Ramírez Velarde.

El capítulo X se dedica a la poesía en la literatura contemporánea y, en especial, a la influencia que el Modernismo tuvo en los poetas bolivianos, quienes han ensayado distintas tendencias poéticas para expresar la crisis de conciencia del país. Los poetas agrupados bajo el «simbolismo modernista» no han logrado forjar una auténtica expresión lírica. Y en cuanto a la poesía social, sus cultivadores tampoco «han alcanzado a expresar toda la problemática del hombre contemporáneo» [197]. En la actual poesía boliviana se combinan, se-

gún Avila Echazú, lo social, lo auténticamente folklórico y la profundización conceptual en autores como Oscar Cerruto, y especialmente Jaime Sáenz, uno de los más altos valores de la poesía en América.

La producción literaria 1960-1972 (apéndice I) aparece bajo el signo de la politización de los intelectuales que participaron en la revolución de 1952. En el ensayo político sobresale la figura de Sergio Almaraz (1927-1968), en cuyos escritos *El poder y la caída* (1966) y *Réquiem para una República* (1969) se combina nacionalismo con la dialéctica humanista del marxismo. Dentro de esta tendencia habría que situar la labor ensayística de René Zabaleta Mercado y Guillermo Lora.

La incorporación de la técnica de la novela contemporánea junto al inevitable compromiso sociopolítico encuentran una adecuada plasmación en la novelística de Renato Prada. En el teatro existen pocas figuras, excepto la de Raúl Salmón, al que habría que añadir el nombre de Fernando Medina Ferrada. En la actual poesía boliviana existe una preocupación por el aspecto formal (Roberto Echazú; Héctor Cossío, etcétera), así como por los condicionamientos histórico-sociales impuestos por la trágica situación de Bolivia. Esta última tendencia se ejemplifica en la obra de Pedro Shimose. Respecto a la crítica literaria es encomiable la labor que llevan a cabo desde las páginas de *Presencia Literaria* (La Paz) Juan Quirós, Oscar Rivera-Rodas, Soriano Badani, Castañón Barrientos, etc.

El resto de los apéndices están dedicados a la actividad cultural boliviana: II, «Obras sobre la literatura de autores nacionales»; III, «La literatura contemporánea»; IV, «Notas sobre el periodismo»; V, «Notas sobre el cine nacional»; VI, «Nota sobre algunos libros referentes a la literatura boliviana de autores extranjeros»; VII, «Notas sobre la actividad editorial».

La segunda parte, «Antología», contiene una selección de la literatura boliviana desde sus orígenes a nuestros días. Cada período antologado va precedido de una breve y valiosa introducción.

*Historia y antología de la literatura boliviana* constituye un manual de consulta obligada no sólo para estudiantes (a quien va especialmente dirigido como texto oficial), sino también para los estudiosos de la literatura y la historia boliviana. Su importancia bibliográfica es evidente, ya que la última historia sobre literatura boliviana data de 1959, fecha de publicación de la *Literatura boliviana*, de Fernando Díez de Medina. En la bibliografía incluida al final creemos debería añadirse los siguientes ensayos, escritos por críticos bolivianos: Mariano Baptista Gumucio, *Bolivia escribe* (Cochabamba, Los Amigos del Libro, 1976) y *Narradores bolivianos* (Caracas, Monte Avila Editores,

1969); Augusto Céspedes, *Diccionario de literatura boliviana* (Washington, Unión Panamericana, 1958); Carlos Castañón Barrientos, *Sobre literatura* (La Paz, 1971), *El cuento modernista en Bolivia* (La Paz, 1973); Oscar Rivera-Rodas, *La nueva narrativa boliviana* (La Paz, Editorial Camarlingui, 1972); Jorge Siles Salinas, *La literatura boliviana de la Guerra del Chaco* (La Paz, Ediciones de la Universidad Católica, 1969), y Reinaldo Alcázar, *Paisaje y novela en Bolivia* (La Paz, Editorial Difusión, 1973).

El énfasis otorgado por Edgar Avila Echazú al factor histórico responde a una concepción marxista del fenómeno literario como producto social de un determinado momento histórico. El análisis del proceso intelectual de la alienada clase dirigente boliviana es necesario, según se desprende de la lectura de este ensayo, para una comprensión del fenómeno literario.—JOSE ORTEGA (600 70th St. KENOSHA, Wisconsin 53140. USA).

## VARIABLES DEL ESPACIO Y ALEGORIA EN «EL SUEÑO» DE SANTILLANA

Al hablar del espacio y sus diversas menciones en textos medievales —y *El sueño*, del marqués de Santillana, es un ejemplo incitante por su precisión— conviene partir del juego oscilante entre dos formas básicas que tienen los personajes situados *in locis*: el estado y el tránsito. El estado debe entenderse como situación en inmovilidad, exactamente en el sentido que surge del siguiente texto de *La comedieta de Ponza*:

«... Dios Uno Eterno, qu'el grand mundo rige  
Y todas las cosas estando colige» (1).

Ese doble juego —el *sic et non* propio de la Edad Media, según interpreta Otis Green— implica, además, una aproximación a los dos niveles (al menos) de la función alegórica: la representación y su significado ejemplar. En *El sueño* es visible un constante ir y venir (a veces *repetitio*, a veces *amplificatio*), desde los elementos concretos —vestidos, cosas, acciones, lugares— hacia su significado más univer-

(1) Santillana, Marqués de: *Poesías completas I*, ed. de Manuel Durán, Castalia, Madrid, año 1975. Los versos de *La comedieta de Ponza* son el 862 y el 863; el subrayado es nuestro. De ahora en adelante, nos limitaremos a citar el número de los versos, a continuación del texto, entre paréntesis.